

IRIS



NUM. 190

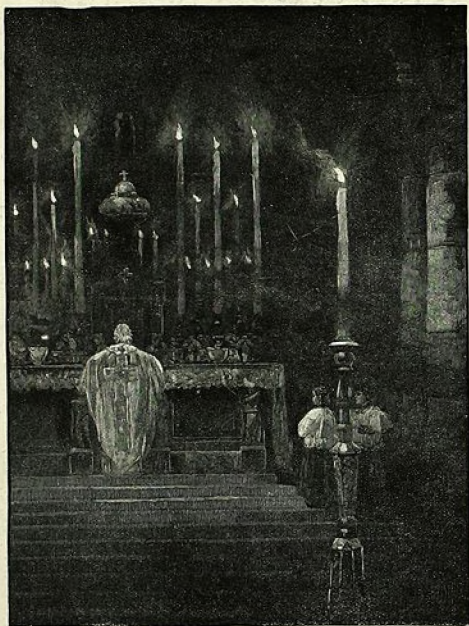
BARCELONA. 27 DICIEMBRE 1902

25 CÈNTS

Ayuntamiento de Madrid

NAVIDADES DE ANTAÑO

La fiesta que celebramos conmemorando el nacimiento del Redentor no está limitada á los pueblos cristianos; días de alegría y de jolgorio son también estos para los que ignoran las verdades del Evangelio, y viven en el hemisferio boreal. *El día se alarga*; el sol permanece por más tiempo sobre el horizonte. De ahí el carácter de universalidad que revisten las fiestas de la Natividad del Señor.



LA MISA DEL GALLO

dores *Gallo de Indias*, ó pavo á secar. Pero no se reduce todo á comer; la alegría se traduce también en cantos y músicas; villancicos y zambombas atruenan los oídos, mientras las murgas hienden los aires con sus desapacibles sonos; pero ¿qué sería la Navidad sin esas ruidosas manifestaciones? No puede concebirse nada más triste que unas Pascuas sin algazara; la alegría es expansiva.

La iglesia, á su vez, se asocia al júbilo general, y es una verdadera lástima que entre tantas ceremonias regocijadas que se celebraban en los templos, solo se haya conservado la *Misa del Gallo*, cuyo carácter popular la hace tan atractiva y pintoresca.

Dejemos, sin embargo, de considerar la forma y fijándonos únicamente en el fondo veremos que el carácter de las fiestas de Navidad en nada ha variado á través de las edades: es siempre la misma fiesta universal, que á nadie deja indiferente y que todos, prescindiendo de las más hondas diferencias, conmemoran como una fecha dedicada al culto de la familia, en ninguna ocasión tan manifiesta como ahora por lo que se refiere á constituir la indestructible base de la sociedad. Todos celebran las Navidades en el hogar doméstico, y triste del que carece de él ó se ve privado del tierno calor de los seres queridos que son la vida y el alma de la existencia. El que está lejos de los suyos, ya en los mares, ya

1902 años han pasado desde la noche angusta en que los pastores de Belén se vieron sorprendidos en su vela por la luz resplandeciente que de pronto reverberó en el cielo y las voces misteriosas que resonaban en el silencio de los campos exclamando: — ¡Gloria á Dios en las alturas! Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Y desde entonces, de año en año, siempre, en el valle y la montaña, en la ciudad y en la aldea, en la tierra ó sobre las olas, en paz y en guerra, la humanidad ha conmemorado el misterio del nacimiento de Dios, en el abandonado pesebre de un parador de caravanas, según habían anunciado los Profetas.

Centenares de generaciones han celebrado la Navidad de igual manera y bajo iguales formas que la celebramos nosotros; la alegría encontró su más adecuada expresión convirtiendo en fiesta del hogar las Pascuas; el frío invita á permanecer cerca del fuego; el recuerdo de la adoración de los pastores, con sus humildes presentes, se traduce en la solemnidad gastronómica, característica del día: corderos en unas partes, jabalíes en otras, pavos reales en las mesas de los magnates, hasta llegar á nuestros días, en que ocupa el primer puesto el avechueo americano llamado por nuestros conquistadores.

en a partadas tierras, suspira con tristeza al recuerdo de las Navidades celebradas en el pueblo natal, y el que llora recientes desgracias no puede menos de sentir aumentado su dolor ante el espectáculo del general regocijo, recrudeciéndose la pena propia con el alborozo ajeno.

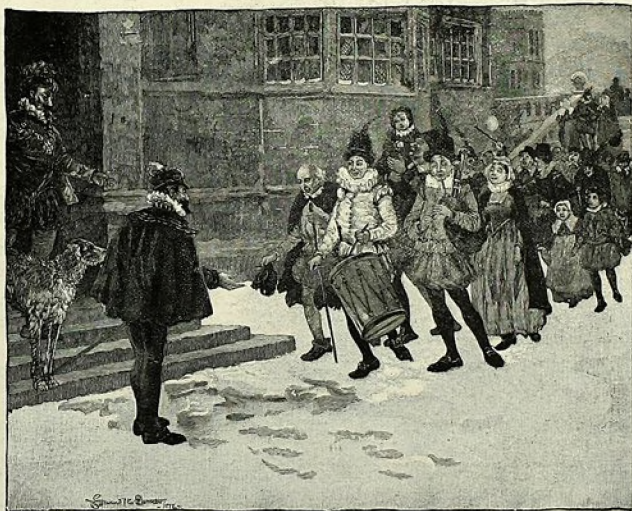
Algo tendrá, pues, la Navidad cuando tan universalmente la celebran los hombres en los más diversos países y bajo los más opuestos regímenes. La fraternidad de los sentimientos íntimos del alma se abre paso á través de todas las fronteras, confundíendose todos los corazones en un colosal *Hossana!*

Y así vienen y así se van las Nochebuenas, recordando por los siglos de los siglos el supremo acontecimiento de la historia de la humanidad. Y así volverán por los siglos de los siglos, mientras el sol alargue por más tiempo la duración del día después de su invernal solsticio.



A. O.

LA CENA DE NOCHEBUENA



LAS MURGAS DE ANTAÑO

CAPÍTULO TANTOS...

Mi amigo Ramirez, el distinguido hombre público Sr. Ramirez, ex-ministro de la Revolución, ex-ministro de Amadeo y ex-ministro de Cánovas y de Sagasta, ha dado en la flor de elegirme como oyente de sus memorias á las que está dando los últimos toques para imprimirlas inmediatamente.

Ayer meleyó el capítulo nono.

Este capítulo se refiere al periodismo de su tiempo y como en él ha y cosas interesantes voy á per-

mitirme copiar algunos de sus más interesantes párrafos:

»En mi tiempo ¡oh jóvenes periodistas de ahora! la gente era más seria y más formal, más profunda y más sustanciosa.

»En aquellos turbulentos días que precedieron á la gloriosa, una gacetilla derribaba á un gobernador, y un fondo á un ministerio.

»Los periódicos estaban escritos con plumas de oro; hoy... con plumas remuneradas.

»Quiero daros ¡oh jóvenes! una idea de lo que era aquella prensa.

»Yo vine á Madrid lleno de ambición. En aquellos tiempos, para escalar los puestos políticos, era una buena arma la pluma, y aunque yo en mi pueblo la había tenido siempre ociosa, ó no la tenía siquiera, en cuanto me vi en Madrid compré una de acero y comencé á usarla.

»La pluma en nuestras manos era un talismán.

»Entonces, además, todo debe decirse, los escritores formábamos un gremio muy unido.

»En cuanto entrábamos

en la cofradía podía decirse que éramos inviolables. Uno de otros decíamos pestes, pero por escrito nos poníamos en los cuernos de la luna.

»Unos escribíamos como Cervantes, otros teníamos más fondo que un pozo artesiano, otros más ingenio que Figaro, otros éramos mordaces... ninguno era tonto, aunque en verdad, en verdad os digo que algunos había.

»Yo como era serio de carácter formé desde el principio entre los sesudos.

»Mis conocimientos en las ciencias políticas y sociales no eran muchos, alguna que otra noción y no muy clara; pero como tenía un estilo bastante oscuro logré disimular muy bien mi vacuidad de entendimiento.

»Por mi seriedad y por mi estilo desde luego me dediqué al cultivo de la política en uno de sus más graves aspectos: los fondos.

»Primero pronuncié discursos en el café. Maravillaron. Es un hombre algo abstruso,—dijeron,—pero profundo.



•Del café pasé á la redacción de uno de los periódicos que por entonces gozaban de mayor crédito.

•Allí fué la mía. Todos los días llenaba con pasmosa facilidad un par de columnas de prosa amazotada y mi crédito fué extendiéndose en el mundo político.

•Yo comprendo porque ahora los periodistas en su mayoría van muriéndose de hambre poco á poco mientras viven.

•Nosotros nos valíamos de la prensa como de un puente para pasar al poder. Los periodistas de hoy hacen de la prensa una carrera ó un oficio.

•Creo que los profesionales de ahora hacen periódicos mejores que los nuestros, pero sus vidas son peores; vidas que las nuestras.

•Como el ser periodista en aquella época tenía alguna importancia teníamos los que lo éramos en toda franja en todas partes.

•Siempre fui más aficionado que al retiro de una biblioteca á la vida de los salones y sobre todo á aquellos donde la sociedad era brillante ó bien por su posición financiera ó por su importancia política.

•Ya dejo dicho que los periodistas de entonces en todas partes entrábamos como Pedro por su casa; pues bien, aprovechando esta circunstancia frecuenté yo mucho los salones en boga y como yo no había nacido para perder el tiempo procuré buscar una ocupación en los salones para los ratos que no consagraba á la política. El amor,—con un fin serio,—fué la ocupación que preferí.

•Una vez tomada esta resolución comencé á tomar posiciones.

•En la brillante sociedad en que yo vivía, gracias á mis fondos, había donde elegir, pero yo no sentí el embarazo de la elección, frase que yo empleé mucho en mis escritos, porque después de un maduro examen me decidí por una señora viuda más bien madura que tierna, pero completamente independiente, dueña absoluta de sus acciones y de un buen puñado de acciones del Banco.

•Peté yo á la viuda; cayó el gobierno al que yo dirigía mis fondos como si fueran bombas; premióme el partido con un acta de diputado y algo más, y como hombre de posición contraí matrimonio con la viuda.

•Mi vida quedó asegurada.

•Desde entonces comenzó la vida del respetable hombre público Sr. Ramirez.

•Excnso es decir que dejé arrinconada la pluma; pero la leyenda de gran periodista no me abandonó nunca.

•La verdad es que así éramos casi todos los grandes periodistas de aquel tiempo.

•Más prácticos indudablemente que los de ahora.

•Periodistas de temporada y cazadores del poder.

•El periodismo, ya lo ha dicho no sé quien, es bueno; pero á condición de abandonario.

•Ahora se ha hecho de él una profesión, arte ú oficio.

•Las plumas son remuneradas y así os vá.

•Vosotros lo ejercéis por oficio.

•Nosotros, nosotros por la idea.

Ya vé el lector que bien se explica el Sr. Ramirez y cuan levantadas son sus ideas.



TOMÁS CARRETERO

(Dibujos de T. Gascón)

LEJOS DEL HOGAR

(EN NOCHE BUENA)

I

Hermana, hermana mía,
¡pobre Dolores!
de mis años primeros
isla de flores.



Luz que prestó á mi vida
dicha sin tasa;
rosa que vió en su patio
mi antigua casa.
Aunque ocupas y llenas
de mi alma el centro,
te busco en todas partes
y no te encuentro.
Vuelven las mismas nieves,
las mismas flores;
suenan los villancicos
de los pastores.
Se oyen voces benditas
por los espacios;
se alegran las cabañas
y los palacios.
Todo, todo lo invade,
todo lo llena
como en aquellos días
la Noche Buena.
De aquella ausente y rica
niñez dichosa,

nos separa un abismo:
¡la negra losa!
¡Ya no suenan tus pasos
en mi aposento!
¡Ya no formamos juntos
el Nacimiento!
¡Ya la estrella de oro
que tú cortabas
no pende del cabello

que aquellas Noches Buenas
no volverían!
Bajo aquel mismo techo
donde Dios quiso
dar á vuestros amores
un paraíso.
Otra familia extraña,
rica ó modesta,
preparará esta noche
la misma fiesta.
Aunque iguales las plantas
é igual el nido,
¡todo estará cambiado!
¡todo invadido!
Si hoy al nido volviera,
tal vez sería
un huésped importuno
de la alegría.
Animará la lumbre
santos cariños;
á su lecho, más tarde,
se irán los niños.
Y al brillar los reflejos
de la mañana,
buscarán golosinas
en la ventana.
Desterrado por siempre
de mi vivienda,
me habéis dejado solo,
solo en la senda.
Y hoy, que no hay una casa
que no sonría,
todas están abiertas...
¡¡¡menos la mía!!!

ANTONIO GRILLO

que te arrancabas!
¡Ya no nos levantamos
con la alegría
que la misa del gallo
nos ofrecía!
¡Tu sitio en nuestra mesa
se halla desierto!
Hermana de mi alma:
¿por qué te has muerto?

II

¡Columnas de mi vida,
regazo tierno,
venerables ancianos,
nido paterno!
¡En aquellas distantes
verdes comarcas,
fuisteis de mi inocencia
los patriarcas!
¡Mis abriles lejanos
no comprendían



FELICES PASCUAS

D. Honorato Torresaltas y Riogrande es, á pesar de su orgulloso nombre, un modestísimo empleado en la Dirección General de la Denda y con eso uno de los deudores más consecuentes conocidos en los gremios de ultramarinos, sastres, zapateros, sombrereros, etc., etc. El sueldo es corto, la descendencia larga, las obligaciones muchas, las entradas pocas.

Durante su permanencia en el hogar doméstico, de su casero, suele llamar infinidad de veces, pero jamás para dar, como no sean voces y escándalos, sino para recibir. De donde la pereza de D. Honorato en levantarse de la silla para *franquear* la puerta á los que á ella acuden en busca de pesetas, sin llevarse nunca más que algún berrinche.

De ahí que D. Honorato esté fogueadísimo en punto á combates con los odiosos ingleses, y espere con verdadera delicia las Pascuas de Navidad para *ensañarse* sin peligro en los pedigueños sin factura.

—¡Felices Pascuas, D. Honorato!—dice el sereno alargándole la correspondiente cartulina.

—Felicisimas, amigo. ¿Y qué es eso que usted me trae?

—La felicitación.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡gracias! ¡la conservaré como un recuerdo de inestimable precio! —Y cierra la puerta, dando con ella en las narices del benemérito funcionario nocturno.

Vuelta á llamar.

—D. Honorato... ¡felices Pascuas!

—Muy felices, amigo. ¿Quién es usted?

—El farolero, que vengo á traerle á usted esta décima...

—¡Una décima! ¡Jamás! A mí solo me gustan las octavas reales.

Y la puerta se cierra con majestuosa lentitud.

—D. Honorato! ¡felices Pascuas! ¡aquí le traigo á usted un cromito!...

—Puede usted guardarlo; solo acepto cuadros al óleo.

Y así va despidiendo D. Honorato al espitero, al chico de la tahona, al barrendero, al mozo de la oficina, al aprendiz del sastre, al del zapatero, al del ultramarinos, al carbonero, al repartidor del periódico, al cobrador del gas, al monaguillo de la parroquia, al chico de la taberna, al del portero, etcétera, etc.

Durante estas fiestas D. Honorato no se deja ver el pelo por el salón del peluquero; ni se acerca á ningún café, ni se limpia las botas, ni hace otra porción de cosas que tiene por costumbre. Hay que huir de las felicitaciones, ponerse á salvo de los pedigueños de aguinaldos y acorazarse contra los sablistas que le persiguen á uno impunemente por doquier y se llegan á encontrar hasta en la sopa.



C. DE LA GUARDA



EL CLOWN CELOSO, cuadro de José Mukarovsky

Ayuntamiento de Madrid



EL
CANARIO MAS SONORO



Era D. Benigno Roncabi la admiración de sus compañeros de abono.

Tres años llevaba ocupando á diario la butaca número 6 de la fila 5.ª del Teatro Español y ni una sola noche había dejado de dormir durante la representación de las obras, fueran malas ó buenas, precedentes del más acreditado repertorio ó recién salidas del caletre del autor.

Únicamente se despabilaba en los entreactos.

Los abonados ocupantes de las localidades contiguas no se explicaban el capricho del buen señor. ¡No era fácil!

Solo sabían que D. Benigno era canario, rico y viudo: canario porque había nacido en Tenerife, rico por herencia y viudo por fallecimiento de su esposa, de su inolvidable Eduvigis (q. e. p. d.)

Todas las noches, antes de levantarse el telón, presentábase en el teatro D. Benigno, siempre sonriente y seguido del acomodador de butacas, del bueno de Gascón, quien le ayudaba á quitarse el abrigo, le entregaba unos robustos gemelos, y después de cambiar con él cuatro sonrisas misteriosas, se retiraba, no sin saludarle gorra en mano.

Inmediatamente se arrellenaba D. Benigno en la butaca, dirigía los gemelos hacia Fulanita, la de la platea tal, ó hacia Menganita, la del entresuelo cual; y antes de cinco minutos ya estaba entregado á su apreciable amigo el señor de Morfeo, sin dejar de dormir hasta que el acto había terminado.

Esto era sumamente chocante, pues al fin y al cabo el abono le costaba no poco dinero y por muy cómoda que fuese la localidad abonada, nunca lo sería tanto como el mullido y templado lecho. Pero nadie pretendió censurarle por su rareza.

Lo que no se podía tolerar era el defecto capital del estrambótico canario. Roncaba de una manera estrepitosa y molestaba constantemente á los demás espectadores; porque aquello no era roncar; era serrar madera, y parecía que el hombre se complacía en ser más sonoro cuando más silencio reinaba en el teatro y más delicada era la escena ó á más alto grado llegaba el interés del drama, desahogo que, como es consiguiente, promovía generales protestas entre los concurrentes, algunos de los cuales le gritaban:

—¡Fuera! ¡A la cama!—y á fin de que se marchase, le achuchaban como á los perros.

Pero el impasible D. Benigno, lejos de enterarse, continuaba roncando tan satisfecho.

El abonado más próximo, deseando espantarle el sueño, llegó á proponerle que antes de la función tomase quince ó veinte tazas de café muy cargado. Pero el cargado fué el autor de la proposición, pues D. Benigno se hizo el sneco y cada noche roncaba con más brío.

Cierto día llegó á su poder un curiosísimo mensaje redactado por varias señoras abonadas, entre ellas la marquesa del Real Bodoque, la condesa de Valdelachufa, las hijas del general Verdugón, la viuda del doctor Sinapismez, doña Filomena Pingajillo y otras damas distinguidas.

En el documento publicaban atentamente á D. Benigno que tuviera la bondad de moderarse en su costumbre de roncar, ó de lo contrario, que se quedara en su casita por las noches, dando serenata á su apreciable familia, caso de tenerla.

El canario más sonoro, como le llamaban algunos, era todo un caballero y contestó á las sollicitan-



tes que no dejaría de asistir al teatro aunque le hicieran tajaditas; pero que en lo sucesivo roncaría con sordina para molestar menos á los espectadores. Lo que no podía hacer era evitar su aburrimiento durante la representación de las obras, toda vez que tenía la desgracia de ser más sordo que un tabique.

Con esto quedó un tanto aplacada la indignación de los abonados; pero su extrañeza no solo quedó en pie, sino que aumentó considerablemente, pues nadie se explicaba que un sordo se molestara en acudir todas las noches al teatro, dedicando allí al sueño el tiempo que los demás dedicaban á oír las bellezas de los dramas representados.

Al fin la incógnita fué descubierta por un amigo de don Benigno y en todos los abonados causó tanta risa como admiración el motivo del abono y de la constancia del célebre canario.

¿Saben ustedes qué era ello? Seguramente no pueden imaginárselo.

Iba D. Benigno al teatro solo por ver á Gascón, al acomodador de servicio en las butacas, que era el vivo retrato de la difunta Eduvigis (que en gloria esté).

La ilusión era completa. Al mirarle y al hablarle parecía que miraba y hablaba á su virtuosa consorte, quien al parecer había resucitado, por el capricho de acomodar espectadores, pues la pobrecita Eduvigis y el bueno de Gascón tenían idénticas facciones, iguales andares, la misma caída de ojos, la propia voz... hasta el mismo bigote. En fin, tanta semejanza había entre ambos y tanta era la ilusión del distraído abonado, que una vez, al marcharse del teatro, se dirigió al acomodador y haciéndole una caricia en la faz, le dijo:

—Buenas noches, Eduvigis. Mañana llámame á las nueve y dí á la cocinera que nos ponga alcachofas rellenas.

Ignoro si D. Benigno se habrá enmendado para la temporada próxima; pero no me arrepiento de haber dado á ustedes cuenta de su extravagante particularidad ó de su particular extravagancia.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

(Dibujos de F. Verdago)

EN LA HERIDA

Van echando su sangre las heridas abiertas.
Se desangran las venas, como arroyos corrientes,
y esas carnes plétóricas van á ser carnes muertas.
El vampiro está ansioso de beber esas fuentes;
y del bezo en los bordes, como arroyos corrientes,
van echando su sangre las heridas abiertas.

A la herida cruenta de tu boca inflamada,
donde hierve la sangre, yo tu amado, enderezo,
con mis ávidas ansias, mi golosa mirada.
¡Dame tu guinda roja, dame tu flor de brezo!
¡Sorber quiero tu sangre, morder quiero tu bezo
en la herida cruenta de tu boca inflamada!

SANTIAGO ARGUELLO



INTIMA

Cálidas brisas que pasáis, dejando
los ecos de una alegre melodía,
¿vuestro ardiente soplo allá en la umbría
se despiertan los pájaros anando.

En ondas impalpables raiis dejando
savia y aromas á la flor tardía,
y tú, cuando en la tarde muere el día,
como almas que se aligjan suspirando.

Cálidas brisas que pasáis ligeras,
enai vuestros, mis anías, de otro estío
son las dolores palomas nenasjeras;

ellas despiertan en el pecho mío
con plácidos remotes mil quimeras...
mientras bayen también en el vacío.

SOPHIA CASANOVA





LA NOCHE BUENA DEL POETA

La luz mortecina del día que expiraba, se filtraba por las junturas de las maderas de la ventana mal cerrada de una humilde estancia donde solo el monótono tic tac de un antiguo reloj de pared interrumpía el profundo silencio que reinaba.

Era la hora crepuscular, tan apropiada para evocar recuerdos tristes, amargas que no por pasadas son menos dolorosas. En un ángulo del aposento y ante una mesa, sentados el uno enfrente del otro y ambos con la vista baja y el ánimo cargado de tristeza, se encuentra el matrimonio que, de vez en cuando, dirige su vista, turbada por las lágrimas, hacia un punto de la sala donde se destaca una cama, más bien cuna con las ropas en desorden y un hueco en medio que, aun caliente, señala el sitio que ocupara el hermoso angelito de rubia guedeja y nacarados cutis que hacía algunas horas voló á las celestiales regiones.

Los afligidos padres, ensimismados miraban, y cada vez que lo hacían, las ropas, la cuna y algunos juguetes esparcidos en desorden por el suelo, traían á su memoria escenas llenas de tristeza, pasajes angustiosos de las postrimerías de la vida del inocente que la parca cruel arrebató.

Ya era un soldado de plomo el que recordaba al niño que gozoso, con su posesión, marchaba ufano á interrumpir la diaria labor del autor de sus días, con estridentes chillidos y alborozados gritos, ya la cuna que con su hueco marcado en el centro, parecía decirles: aquí estuvo quien hizo de vuestra vida un paraíso, el rostro sobre el que se posaron frenéticos y apasionados besos, los ojos que al fijarse en los vuestros parecían infundiros alientos en las horas de cansancio, el corazón en fin cuyos acompasados latidos acusaban normalidad en su vida.

Y esas sábanas, blancas como los sudarios y puras como el alma del querube, hablan, con elocuencia tal que los ojos se arrasan y las lágrimas corren silenciosas por vuestras pálidas mejillas.

Y corren silenciosas, sin alardes de protesta pero con profundo abatimiento, con dolor supremo que abrama el ánimo y martiriza el corazón...

Hubieran sido interminables estas tristes reflexiones á no haber sonado en la puerta un golpe seco y repetido que anunciaba la prisa en el que á hora tan intempestiva llegaba á aquella triste mansión.

Era el recién llegado un muchacho, enviado por la redacción del periódico donde trabajaba el desgraciado padre; venía por original para el número extraordinario que se había de publicar al día siguiente (24 de diciembre).

Nuestro amigo, al enterarse de las pretensiones del director, recordó su deber, y con mano convulsa y pulso febril empuña la pluma y escribe, escribe, no lo que entonces estaba en armonía con su desgarrado corazón no: esto hubiera causado en el ánimo de sus lectores el efecto que el llanto del clown á la terminación de una graciosa pirueta; él, conocido y festejado como poeta festivo, no podía comover con versos lacrimosos, y convencido de esta torpe apreciación del público, rompió á escribir; y de los puntos de su pluma salió la más jocosa composición que escribiera jamás...

Horas después, los cajistas en la imprenta se desesperaban, por que les costaba gran trabajo leer la composición por estar borrada casi totalmente; parecía que después de concluidas las cuartillas las habían rociado con agua; ellos ignoraban que lo que parecía agua, eran lágrimas amargas vertidas por los ojos de un padre condenado á hacer reír cuando él con desesperación lloraba.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

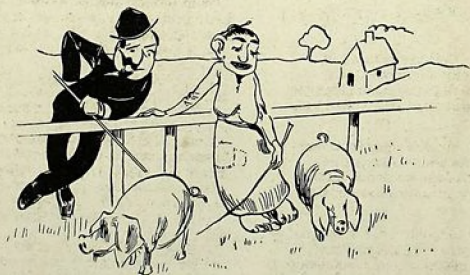
UN TENORIO DE ALTO VUELO



Sin pretender echármelas de conquistador, puedo alabarme de haber conocido lo que es el amor sublime.
 •Primero, una célebre tiple de una corte extranjera.



•Después una «cocotte» muy famosa, que era entonces la querida de un príncipe real.
 •Juergas, después, con una señora de la *high-life* que me costaba un sentido.
 •Hice locuras por una de nuestras más ilustres estrellas del cuerpo de baile.



•En un baile de embajada hube de conocer á la señora de un ministro plenipotenciario que perdió la chabeta por mí.
 •Hoy me concede aun sus favores la esposa de un propietario archi-riquísimo... Pero no quiero decirles á ustedes su nombre pues serían capaces de hacerla la corte.

PEPITORIA

ADVERTENCIA

El extraordinario y siempre creciente éxito alcanzado por el album JOYAS DEL ARTE que regala IRIS a sus suscriptores y compradores nos obliga a continuar su publicación en el año próximo, renunciando a plantear otras reformas que teníamos proyectadas. El publico ha comprendido el suidísimo valor de nuestra colección de las mejores obras, antiguas y modernas, existente en Museos, Galerías particulares y Exposiciones oficiales, y sin temor a equivocarnos podemos asegurar que nuestro "Album" habrá de constituir en lo futuro una obra que será buscada con afán, pues ninguna otra habrá que, por la modestísima suma de su adquisición, pueda ofrecer reunidos tantas y tan importantes reproducciones, estampadas con la perfección que todos reconocen. Baste decir que, cualquiera obra análoga costaría muchos centenares de pesetas, adquirida en condiciones ordinarias.

Accediendo a los deseos manifestados por muchos de nuestros favorecedores hemos encargado la confección de tapas especiales, que podrán adquirirse en la forma que oportunamente daremos a conocer.

Como era de esperar ya se han convenido al fin de que no hay anti-callo- como mejor que el LADIVONSIM.

Cosas de España... que pasan en Inglaterra.

William Stewart, soldado adscrito al primer regimiento de la Guardia escocesa, ha regresado en estos días desde el Africa del Sur al cuartel de Windsor.

Como quiera que el soldado ha extinguido el tiempo de su compromiso, ha solicitado la licencia absoluta, y además, que se le abonen sus atrasos.

El ministerio de la Guerra ha denegado la petición, manifestando al soldado que no podía ni licenciarse ni pagarle... por estar muerto.

Como quiera que, efectivamente, figura como fallecido en las relaciones de bajas, el infeliz soldado se verá en la necesidad de probar al ministerio de la Guerra que está vivo, si ha de cobrar lo que se le debe.

El desgraciado Stewart se encuentra sin un céntimo y sin ropa de pañano, y como a la vez ha sido dado de baja en su batallón, se ve

privado de las dulzuras del rancho y de las de descansar bajo techado en el dormitorio del cuartel.

En medio de su desgracia, ha tenido la relativa fortuna de que el cantinero le ceda un rincón donde pueda dormir, y que sus compañeros hagan otro tanto con las sobras del rancho.

Es, sin embargo, tan aflictiva la situación del repatriado, que lo más probable es que, en vez de lograr demostrar que vive, tenga que presentar en el War-Office el certificado de su propia defunción.

GORJEO

Mírame más... ¡mucho más! que mi corazón estalle de tanta felicidad.

F. HERIZO ALVAREZ

Piden de Sebastopol en un telegrama urgente mil frascos de la excelente Magnesia de SAN-IMOL.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. H. M.—La poesía está en la impronta; queda aceptado, Caridad.

A. M. R.—Árvalo.—Todo está bien.

R. de C. M.—Ériva.—El asunto no interesa a los lectores.

J. H. H.—Valencia.—El cuento es bonito, pero necesitará alguno que otro toque.

S. F. F.—Madrid.—Este soneto hay muchos versos necesitados de muéltas.

F. G. O.—León.—Ira la poesía Desilusión; que es muy bella y sentida. Sobre la otra no puedo decir más de lo que dije, por lo cual claro es que no creo oportuno publicarla.

L. F. M.—Habana.—Recibidas las tres composiciones; todas son muy aceptables. No ha tiempo para publicar el soneto antes de 1905, pero si con tu seguridad antes del 1905.

M. P. S.—Árvalo.—¡Bravo por la escuela de Árvalo!

A. B.—Zaragoza.—Lindísimo es el romance. Se insertará.

R. M. de D.—Madrid.—El soneto deja algo que desear. Hay asonancias, rítmicos y versos mal medidos que lo hacen impubliable, por mas que se vea que el autor tiene espíritu.

N. N.—Iría la E. de un r. Dispense no le conteste particularmente, pues tengo horror a las cartas.

C. T. A.—Madrid.—Las composiciones de la clase que he enviado a usted tienen el defecto de no interesar a nadie más que... a los interesados.

J. V. S.—Granada.—El género a que pertenece la composición que ha enviado pertenece ya a la arqueología.

J. R. de S.—Madrid.—Recibido el artículo que publicará si hay tiempo.

Clarinete.—El artículo, en el actual momento histórico perdería su interés imaginario ante la realidad viviente de El crimen de hoy.

F. A. Dinco.—Sevilla.—El artículo que ha vuelto a enviar lo tenían ya los cajistas.

Ahen-Hud.—Córdoba.—Enterado y conforme.

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 52.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Con el título de *Historia de diez timos* ha publicado el distinguido escritor D. Ramiro Blanco una lindísima colección de cuentos, tan recomendables por su ingenio y originalidad como por la belleza de la forma.

CANTARES REMENDADOS

I

Camino de tu cariño hay una piedra, lo se que la pisa todo el mundo que pone sobre ella el pie.

II

En dos cosas solamente he creído siempre yo. En que no tienes dinero y pasaste el sarampión.

III

Cuando querrá Dios del cielo y la Virgen soberana, que caiga un gran chaparrón para lavarte la cara.

ANGEL MACÍAS RODRIGUEZ

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTAR EN EL N.º 52 DE DICIEMBRE DE 1905. PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA.

EDITA EL REGIMIENTO FOTOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IMPRESA". PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA.

ayuntamiento de Madrid

RUSIA



INFANTERÍA DE LA GUARDIA: SOLDADO